

sules, ciegos por el deseo de combatir al enemigo, habían caído en un lazo que ni siquiera sospecharon. Pero los dioses inmortales se habían compadecido del nombre romano y salvado los ejércitos inocentes de aquella falta: los cónsules solos habían pagado con su vida aquella temeridad completamente personal.

Preguntábanse los senadores sobre quiénes recaería la elección: entre los candidatos había uno que fijaba todas las miradas, C. Claudio Nerón, á quien se buscaba un colega: reconocíanse las excelentes cualidades de Nerón, pero se le creía demasiado fogoso, excesivamente emprendedor para una guerra como la que se hacía entonces y para un adversario como Aníbal, considerándose necesario moderar su ardor dándole un colega que reuniese tranquilidad y prudencia. Este hombre era M. Livio. Muchos años antes, al salir del consulado, le condenó un juicio del pueblo, afrenta que le agrió hasta el punto de retirarse al campo, viviendo mucho tiempo lejos de la ciudad y de los hombres. Cerca de ocho años después de su condenación, los cónsules M. Claudio Marcelo y M. Valerio Levino le decidieron á volver á Roma; pero el desorden de su traje, la longitud de su barba y su cabellera, todo en su persona y aspecto revelaba el resentimiento profundo que había conservado de su mancha. Los censores L. Veturio y P. Licinio le obligaron á afeitarse, á dejar aquellas ropas de luto, á presentarse en el Senado y cumplir sus demás funciones públicas. Pero hasta en esto daba su opinión con una palabra ó votaba sin hablar (1). Sin embargo, al tratarse al fin un asunto en que mediaba el honor de un pariente suyo, M. Livio Mecato, levantó-

(1) Los senadores emitían sus opiniones en pie, *stantes*. Pero esto solamente cuando se les invitaba á dar su parecer. Cuando se limitaban á aceptar la opinión de otro, permanecían sentados. Llamábanse *pedarii* los que nada decían, ó aquellos que tenían el

se y tomó la palabra en pleno Senado. Aquel discurso que pronunciaba después de tantos años de silencio, atrajo sobre él todas las miradas y dió lugar á muchas reflexiones: «El pueblo, decían, se mostró injusto con él, y los intereses de la república sufrieron mucho por haberse privado en una guerra tan terrible de los servicios y consejos de un varón como aquel. No podía tener por colega C. Nerón ni á Q. Fabio ni á M. Valerio Levino: la elección de dos patricios sería ilegal. Igual dificultad existía para T. Manlio: además, había rehusado y rechazaría otra vez; mientras que Livio y Nerón serían dos colegas perfectamente aptos el uno para el otro.» El pueblo no rechazó esta proposición cuya iniciativa tuvo el Senado; y en toda la ciudad, solamente aquel sobre quien recaía el honor lo rechazaba, tachando á los romanos de inconstancia: «No se habían compadecido de él, cuando, acusado por ellos, vistió luto, y ahora le ofrecían, á pesar suyo, la blanca toga del candidato, acumulando sobre la misma cabeza honores y manchas. Si á sus ojos era hombre honrado, ¿por qué condenarle como mal ciudadano, como culpable? Si era culpable, ¿por qué, después de la primera prueba tan deplorable, le confiaban por segunda vez el consulado?» A estas reconvenciones, á estas quejas, el Senado oponía fuertes observaciones: «También Camilo, decían, vuelto del destierro, trajo los romanos á las murallas de Roma, de las que habían sido arrojados. La cólera de la patria era como la de un padre: con paciencia y sumisión quedaba desarmada.» M. Livio cedió al fin á tantas instancias, y fué nombrado cónsul con C. Claudio.

Tres días después se celebraron los comicios pretoria derecho de votar, pero no el de hablar. Dábaseles este nombre, porque votaban pasando al lado de aquellos cuya opinión aprobaban.

372 sino que enviaron los cónsules á comarcas opuestas, á los dos extremos de Italia, uno contra Anibal, en el Brucio, y otro á la Galia, contra Asdrúbal, quien, según decían, se acercaba ya á los Alpes. El ejército de la Galia ó el de la Etruria, á su elección, reforzado con las legiones urbanas, fué asignado al que obtuviese la Galia. El cónsul á quien la suerte designase el Brucio debía alistar nuevas legiones urbanas y unir las á aquel de los dos ejércitos consulares del año anterior que prefiriese. El otro ejército serviría á las órdenes del pro-cónsul Q. Fulvio, á quien se prorrogaba el mando por un año. C. Hostilio, que había pasado de la Etruria á Tarento, marchó de Tarento á Capua, y le dieron la legión que Fulvio había mandado el año anterior. La llegada de Asdrúbal á Italia inspiraba inquietudes más vivas cada día. Primeramente legados de Marsella habían anunciado su entrada en la Galia, donde le recibieron con regocijo los galos, porque, según decían, llevaba grandes cantidades de oro para pagar auxiliares. Con estos legados enviaron á Sex. Antiscio y M. Reticio, encargados de comprobar los hechos. Sus relatos dieron á conocer que emisarios romanos, guiados por los marselleses, habían penetrado entre los galos principales, unidos con los marselleses por lazos de hospitalidad, y se habían asegurado de todo por sí mismos. Sabían que Asdrúbal había reunido ya numeroso ejército; que desde los primeros días de la primavera atravesaría los Alpes, deteniéndole en aquel momento la helada de los pasos por el invierno. M. Marcelo fué reemplazado como augur por P. Elio Peto, nombrado con todas las ceremonias de la inauguración. Cn. Cornelio Dolabela fué también inaugurado rey de los sacrificios, en reemplazo de M. Marcio, muerto dos años antes. En este mismo año, los censores P. Sempronio Tuditano y M. Cornelio Cetheg cerraron el lustro, dan-

no confundieron las provincias como en el año anterior,

do el censo ciento treinta y siete mil ciento ochó ciudadanos, número inferior al recogido antes de la guerra. Dícese que en este mismo año se terminó la techumbre del recinto de los comicios, comenzada en la época de la entrada de Aníbal en Italia. Celebráronse durante dos días los juegos romanos por los ediles curules Q. Metelo y C. Servilio, y durante tres los juegos plebeyos por los ediles plebeyos Q. Mamilio y M. Cecilio Metelo. Estos magistrados consagraron tres estatuas en el templo de Ceres; y con ocasión de los juegos se celebró un banquete público en honor de Júpiter. C. Claudio Nerón y M. Livio tomaron en seguida posesión del consulado; Livio era cónsul por segunda vez. Como habían sorteado sus provincias después de designados, mandaron á los pretores hacer lo mismo. C. Hostilio obtuvo la jurisdicción urbana, uniéndosele la de los extranjeros con objeto de enviar á las provincias á los otros tres pretores. A. Hostilio recibió la Cerdeña; C. Mamilio la Sicilia, y L. Porcio la Galia. Las veintitrés legiones quedaron repartidas de esta manera: dos á cada cónsul; cuatro en España; dos á cada uno de los tres pretores en Sicilia, en Cerdeña y en la Galia; dos á C. Terencio en la Etruria; dos á Q. Fulvio en el Brucio; dos á Q. Claudio en las inmediaciones de Tarento y entre los salentinos; una á C. Hostilio Túbulo en Capua, y dos, en fin, en la ciudad. Las cuatro primeras legiones tuvieron tribunos nombrados por el pueblo; y los cónsules nombraron los de las demás.

Antes de la marcha de los cónsules, se ofreció un sacrificio novendial, porque había caído en Vegas una lluvia de piedras. A la noticia de este prodigio siguieron, como siempre sucede, la de otros muchos. En Minturno, el templo de Júpiter y el bosque sagrado de la diosa Marica, en Atela la muralla y una puerta habían sido heridos por el rayo. Los de Minturno presenciaron un

prodigio mucho más espantoso; cerca de la puerta de la ciudad había corrido un arroyo de sangre. En Capua entró un lobo en la ciudad durante la noche y devoró al guarda de la puerta. Para la expiación de estos prodigios se inmolaron víctimas mayores y los pontífices depusieron un día de rogativas. Celebróse otro sacrificio novendial (1) con ocasión de una lluvia de piedras que habían creído ver caer sobre el Armilustro (2). Apenas se habían despojado los ánimos de los escrúpulos religiosos, cuando les turbó de nuevo la noticia de que en Trusínone había un recién nacido de las dimensiones de un niño de cuatro años; menos sorprendente era esto que la inseguridad de su sexo; como el niño nacido en Sinuesa dos años antes, no podía decirse si era varón ó hembra. Arúspices llamados de la Etruria á Roma (3), declararon que aquel prodigio era

(1) En el principio se daba el nombre de *novendialia* á los sacrificios que tenían precisamente por objeto la expiación de prodigios. El primer ejemplo remontaba á Tulo Hostilio, quien probablemente dispuso expiaciones después de saber que había caído sobre el monte Albano espantosa lluvia de piedras. Estas expiaciones duraron nueve días, por lo que la ceremonia pudo también llamarse *novendial*. En lo sucesivo quedó el nombre, aunque la duración de la solemnidad cambiaba según disponía el gobierno político ó pontificio. También se daba el nombre de *novendialia* á los sacrificios que se hacían antes de encarar en la tumba las cenizas del muerto; esta ceremonia se celebraba nueve días después de la defunción.

(2) Este era un paraje sobre el Aventino en la décimatercia región de la ciudad, donde anualmente el XIV de las kalendas de noviembre celebraban los romanos el *armilustrium*, fiesta á que acudían armados.

(3) La aruspicina ó ciencia de los arúspices era originaria de la Etruria, de donde había pasado á Roma. En muchas circunstancias, no creyéndose los romanos tan hábiles como los etruscos, apelaban á ellos. Cicerón refiere en el *Tratado de la Adivinación* (publicado en esta Biblioteca) cómo nació esta ciencia en la Etruria; labraba un etrusco en un campo de Tarquinia, cuando salió un hombre de la tierra al lado del surco. Este hom-

sinistro y de mal agüero; era necesario arrojar el niño fuera del territorio romano, no dejarle contacto alguno con la tierra y ahogarlo en el mar. Encerráronle, pues, vivo en un cofre, lleváronle á alta mar y lo sumergieron. Por otro decreto de los pontífices, tres cohortes, de nueve muchachas cada una, recorrieron la ciudad cantando un himno á los dioses. Mientras reunidas en el templo de Júpiter Stator aprendían aquel himno, que había compuesto el poeta Livio, cayó un rayo en el monte Aventino sobre el templo de Juno Reina. Los arúspices declararon que este prodigio se refería á las damas romanas y que debían aplacar á la diosa con un regalo. Los ediles curules convocaron en el Capitolio todas las que habitaban en Roma ó en diez millas en contorno, y ellas mismas eligieron veinticinco para que recibiesen cierta cantidad que cada una tomaría de su dote. Con estos dones se construyó un vaso de oro que llevaron al monte Aventino, y las damas romanas ofrecieron un puro y casto sacrificio. Inmediatamente después, los decenviros fijaron el día de otra ceremonia en honor de la misma diosa, ordenándose de esta manera: del templo de Apolo partieron dos vacas blancas y entraron en la ciudad por la puerta Carmental. Detrás de ellas llevaban dos estatuas de Juno Reina, hechas de madera de ciprés; después marchaban veintisiete jóvenes, vestidas con largos ropajes y cantando en honor de la diosa un himno, que tenía quizá algún encanto para los rudos ánimos de aquella época.

bre tenía facciones de niño, y dijo llamarse Tago. Propagándose la noticia por la Etruria, acudió toda la población. Tago conversó con la Etruria entera, durante muchos días, empleando todas las conversaciones en enseñar á los etruscos la aruspicina. Coleccionáronse sus preceptos y se conservaron. Antiscio Lafeo escribió extenso comentario sobre aquellos preceptos. Aquel revelador de la aruspicina era, como es sabido, nieto de Júpiter.

pero que hoy parecería boceto informe y grosero. Detrás del coro de vírgenes venían los decenviros, coronados de laurel y vistiendo la pretexta. De la puerta Carmental pasó el cortejo por la vía Yugaria y se dirigió al Foro, donde se detuvo. Allí, enlazando las jóvenes las manos, ejecutaron una danza, en la que los movimientos de los pies eran cadenciosos en armonía con las modulaciones de la voz. En seguida atravesaron la vía Etrusca, el Velabro, el Foro Boario, subieron la vía Publicia y llegaron al templo de Juno Reina. Los decenviros inmolaron las dos víctimas y colocaron en el santuario las dos estatuas de ciprés.

Aplacados los dioses según los ritos, procedieron los cónsules á los alistamientos con actividad y rigor sin ejemplo en los años anteriores. Los temores de la guerra habían aumentado con la llegada de otro enemigo á Italia, y las mermadas filas de la juventud suministraban menos soldados, por lo que se pidieron hombres á las colonias marítimas, no obstante la exención sagrada, según el término usado, de que gozaban. Habiéndose negado, se les designó día fijo para que compareciesen ante el Senado con objeto de que presentasen sus títulos de exención. Aquel día recibió el Senado los legados de Ostia, Alsia, Anzio, Auxúr, Minturno, Sinuesa y Sena, situada sobre el mar superior. Cada pueblo dió lectura de sus títulos; sin embargo, en vista de la presencia del enemigo en Italia, no se atendió más que á los de Anzio y Ostia, y hasta se obligó á los jóvenes de estas dos colonias á prestar juramento de no pasar más de treinta noches fuera de su colonia mientras Aníbal estuviese en Italia. Todos deseaban que los cónsules marchasen cuanto antes á sus puestos. Era necesario detener á Asdrubal á su bajada de los Alpes, é impedirle que sublevase la Galia Cisalpina ó la Etruria, que se lisonjaban con la esperanza de un cambio. In-

dispensable era también dar á Aníbal bastante ocupación en el Brucio, para ponerle en la imposibilidad de abandonar aquella provincia y acudir al encuentro de su hermano. Pero Livio vacilaba; contaba muy poco con los ejércitos, mientras que su colega podía elegir entre tres ejércitos excelentes, decía, los dos consulares y el que había mandado Q. Claudio en Tarento. En vista de esto, había propuesto llamar á las filas á los voluntarios licenciados. El Senado autorizó á los cónsules para que reclutasen donde quisieran, para elegir entre todos los ejércitos, para permutar entre ellos y hasta para cambiar las legiones de provincia si lo consideraban útil á los intereses de la república. Perfecto acuerdo reinó entre los cónsules en la ejecución de estas medidas. En las legiones diez y nueve y veinte se reclutaron los voluntarios. Según algunos historiadores, P. Escipión envió desde España á M. Livio poderosos refuerzos para aquella guerra, compuestos por ocho mil hombres, españoles y galos, dos mil legionarios y mil jinetes, tanto nómadas como españoles, llevándolos por mar M. Lucrecio. En fin, C. Mamilio envió de Sicilia cuatro mil arqueros y honderos.

En Roma creció el temor á la llegada de una carta de L. Porcio, pretor de la Galia. «Asdrúbal había dejado sus cuarteles de invierno, decía, y penetrado en los Alpes. Ocho mil ligurios, alistados y armados, debían reunirse á su entrada en Italia, si fuerzas enviadas á la Liguria no les daban seria ocupación. En cuanto á él, á pesar de la debilidad de su ejército, iba á avanzar en cuanto se lo permitiese la prudencia.» Esta carta obligó á los cónsules á apresurar las levás y marchar á sus provincias antes de lo que habían decidido, proponiéndose contener cada cual á su adversario y no permitir la unión de los dos hermanos y de los dos ejércitos. Lo que más les ayudó en su proyecto fué el error

de Aníbal; creía éste que su hermano entraría sin duda en Italia durante aquel verano; pero habiendo pasado él mismo el Ródano y después los Alpes, recordaba la lucha que había sostenido durante cinco meses contra los hombres y la naturaleza, y no esperaba un paso tan fácil y rápido. Esto le retuvo demasiado en sus cuarteles de invierno. Por otra parte, Asdrúbal marchaba con seguridad y rapidez igualmente inesperadas para los demás como para él mismo. Los avanos primero, y en seguida los pueblos de la Galia y de los Alpes, no se contentaron con acogerle, sino que hasta le siguieron á la guerra. En cuanto al paso, su hermano le había abierto camino por aquellas cimas, antes impracticables, y doce años de constantes comunicaciones, al suavizar las montañas, habían dulcificado también el carácter de sus habitantes. Desconocidos antes á los otros pueblos, no habiendo visto nunca al extranjero detenerse allí, no habían tenido jamás relaciones sociales con el resto de los hombres. Y primeramente, ignorando el objeto á que se dirigía Aníbal, habían creído que pretendía sus montañas, sus fortalezas, sus rebaños y sus mismas personas. Pero en doce años que la guerra púnica desolaba la Italia, la fama les había enseñado que los Alpes no eran más que un paso, y que dos poderosas repúblicas, separadas por inmenso espacio de tierras y de mares, se disputaban la preeminencia del mando. Estas eran las causas que habían abierto los Alpes delante de Asdrúbal. Pero el fruto de esta afortunada rapidez lo perdió ante los muros de Placencia, en las inútiles lentitudes de un bloqueo, allí donde se necesitaba un golpe de mano. Creyó que fácilmente tomaría una plaza situada en la llanura; y además, que siendo una colonia floreciente, su ruina inspiraría sin duda mucho temor á todas las demás ciudades. No solamente le retuvo el sitio, sino que retuvo también á

Aníbal, quien, á la noticia de aquel paso tan rápido é inesperado, se disponía á salir de sus cuarteles de invierno. Pero pensó en las ordinarias dilaciones de un sitio y en los ataques infructuosos que el mismo había dirigido contra aquella colonia, después de su victoria del Trevia.

La partida de los cónsules por dos caminos opuestos había dividido, por decirlo así, la inquietud del pueblo, fijándola en dos guerras á la vez. Recordábanse los desastres que había traído á Italia la llegada de Aníbal; y en medio de la ansiedad se preguntaban: «qué dioses protegerían bastante á Roma y á la república para concederles á la vez la victoria sobre dos enemigos. Hasta entonces los triunfos habían equilibrado los reveses y el poder romano se había sostenido. Si en Italia, Trasimeno y Cannas habían precipitado á Roma en el abismo, los triunfos de sus ejércitos en España le habían detenido en la caída y levantado. Cuando por el contrario, los reveses habían sucedido á los reveses en España, cuando dos generales ilustres habían perecido y dos ejércitos habían quedado casi destruidos, entonces en Italia y en Sicilia una serie de triunfos había restablecido á la república de aquellas violentas sacudidas; la misma distancia de los lugares, el alejamiento de aquella guerra de España, que se tenía en uno de los extremos de la tierra, le habían dado tiempo para reponerse. Ahora había dos guerras encendidas en el seno de Italia; Roma estaba cogida entre los ejércitos de dos generales famosos; sobre un punto solo confluían todos los peligros y pesaba toda la carga de la guerra. El primero que venciese se uniría muy pronto con el otro.» Asustaba también aquel lúgubre año señalado con la muerte de los dos cónsules. Estos siniestros presentimientos acompañaron á los cónsules cuando se separaron para dirigirse á sus provincias. Dícese que

M. Livio, á su partida, dominado aún por el resentimiento contra sus conciudadanos, contestó á Q. Fabio, que le exhortaba á no arriesgar batalla antes de haber estudiado la táctica del enemigo: «Atacaré en cuanto vea sus primeras líneas.»—«¿Y por qué tanta precipitación? le preguntó Fabio.»—«Porque así tendré la gloria de vencer al enemigo, ó la satisfacción, si no muy honrosa, al menos muy legítima, de hacer derrotar á mis conciudadanos.» Aún no había llegado el cónsul Claudio á su provincia, cuando el ejército de Aníbal, atravesando por su extremo el territorio de los larinatos para entrar en el de los salentinos, se vió atacado por las tropas ligeras de C. Hostilio Túbulo; el desorden de la marcha hizo más terrible la confusión; mataron cerca de cuatro mil hombres á los cartagineses y les cogieron nueve enseñas. A la noticia de la marcha de Aníbal, Q. Claudio había dejado sus cuarteles de invierno establecidos en las ciudades de los salentinos. Aníbal, para no tener que combatir con dos ejércitos, decampó por la noche y pasó del territorio de Tarénto al del Brucio. Claudio regresó al de los tarentinos; Hostilio se dirigió á Capua y encontró cerca de Venusia al cónsul Claudio. Allí eligió Claudio de los dos ejércitos cuarenta mil infantes y dos mil quinientos caballos para operar contra Aníbal, recibiendo Hostilio orden de llevar á Capua el resto de las tropas y entregarlas al procónsul Q. Fulvio.

Aníbal, después de reunir todos sus soldados, acantonados, bien en los cuarteles de invierno, bien en las ciudades del Brucio donde daban guarnición, marchó sobre Grumento en Lucania, con la esperanza de recobrar las ciudades que el temor había llevado al partido de los romanos. El cónsul partió de Venusia, después de haber explorado bien el camino, tomó la misma dirección y fué á acampar á quinientos pasos del enemigo. Las empalizadas de Aníbal parecían apoyarse en

las murallas de Grumento; sin embargo, distaban quinientos pasos de ellas. Entre los dos campamentos se extendía una llanura; colinas descubiertas dominaban la izquierda de los cartagineses y la derecha de los romanos, pero ni unos ni otros desconfiaban de ellas, porque no tenían árboles ni sitio á propósito para ocultar emboscadas. En medio de la llanura hacían algunas correrías y trababan algunas escaramuzas sin importancia, viéndose claramente que el general romano solamente quería impedir que marchase el enemigo. Aníbal, que quería alejarse, bajaba en orden de batalla con todas sus tropas. El cónsul atacó entonces al enemigo con sus propias armas: como la desnudez de las colinas alejaba toda sospecha de emboscada, mandó á cinco cohortes y cinco manipulos que las cruzasen durante la noche y se apostasen en el valle opuesto; indicando á T. Claudio Aselo, tribuno de los soldados, y á P. Claudio, jefe de los aliados, que guiaban el destacamento, el instante de salir de la emboscada y de caer sobre el enemigo. En cuanto al cónsul, desde el amanecer formó en batalla todas sus tropas, caballería é infantería. Poco después dió Aníbal la señal de combate, y sus soldados corrieron á las armas lanzando fuertes gritos. En seguida, todos á porfía, infantes y jinetes, se lanzaron fuera del campamento, se desparramaron por la llanura y atacaron á los romanos. Viendo el cónsul su desorden, mandó á C. Arunculeyo, tribuno de la tercera legión, que lanzase á toda brida su caballería contra el enemigo: desparramados como estaban por la llanura, á manera de rebaño, debían quedar destrozados antes de poder reunirse.

Todavía estaba Aníbal en el campamento cuando oyó los gritos de los combatientes. Al ruido salió y marchó rápidamente al enemigo. Las primeras filas habían cedido ya al miedo que inspiraba la caballería romana: la

infantería de la primera legión y la caballería de la derecha tomaban parte en el combate. Los cartagineses, que continuaban en desorden, hacían frente al enemigo, infante ó jinete, que la casualidad les deparaba. Muy pronto los refuerzos ensancharon el círculo de acción: el combate aumentó con todos los cuerpos que llegaban sucesivamente, y tal vez se hubiese visto el espectáculo que solamente puede ofrecer un ejército veterano á las órdenes del antiguo general, el de Aníbal en medio del tumulto y del combate formando sus tropas en batalla, si las cohortes y manipulos que descendieron de las colinas lanzando fuertes gritos detrás de los cartagineses no les hubieran hecho temer quedase cortado el camino del campamento. Aquella fué la señal del pánico, al que siguió desorden general. La matanza no fué sin embargo muy grande, porque la proximidad del campamento abreviaba para los fugitivos la distancia que tenía que recorrer. La caballería iba en su persecución, y las cohortes, que les habían cogido de flanco solamente, tenían que seguir la pendiente de las colinas, por camino fácil y sin obstáculos. Matáronles sin embargo más de ocho mil hombres; hicieronles más de setecientos prisioneros y les quitaron nueve enseñas. En el desorden de aquel combate improvisado no pudieron utilizar los elefantes, de los que murieron cuatro, siendo cogidos dos. Los vencedores perdieron cerca de quinientos hombres entre romanos y aliados. A la mañana siguiente permaneció Aníbal en reposo; Nerón formó su ejército en batalla, pero no viendo salir ningún destacamento, mandó despojar á los enemigos muertos y reunió y sepultó los cadáveres de sus soldados. Después, durante muchos días seguidos, acercóse tanto al campamento de los cartagineses, que parecía querer forzarlo. Al fin, á la tercera vigilia, dejando Aníbal en su campamento por el lado del enemigo muchas ho-

gueras y algunas tiendas, con un cuerpo de númeridas, encargados de presentarse en las puertas y en las empalizadas, tomó el camino de la Apulia. Al amanecer se presentó el ejército romano delante del campamento; los númeridas, en cumplimiento de las órdenes, se presentaron muchas veces en las puertas y en las empalizadas, y después de engañar durante algún tiempo al enemigo, se reunieron á toda brida con el grueso del ejército. Viendo el cónsul que en el campamento reinaba profundo silencio, y que los pocos soldados que al amanecer se habían presentado aquí y allá habían desaparecido, destacó dos jinetes para que reconociesen los parajes; cuando tuvo seguridad de que no había peligro, entró en el campamento con sus tropas, y no concediéndoles más que el tiempo necesario para saquearlo, se apresuró á mandar tocar retirada y volvió á sus líneas mucho antes de obscurecer. A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, se puso en marcha, y guiándose por las noticias que recibía, siguió á largas jornadas al enemigo, alcanzándole cerca de Venusia, sorprendiéndole allí y pereciendo más de dos mil cartagineses. Desde entonces no caminó Aníbal más que de noche y por medio de las montañas, para evitar otro ataque, y así llegó á Metaponto, enviando desde allí á Hannón, comandante de la plaza, con algunas gentes al Brucio para reclutar soldados. En cuanto á él, reuniendo con sus tropas las de Hannón, regresó á Venusia por el mismo camino, y pasó en seguida á Canusio. Nerón no había perdido ni por un momento las huellas del enemigo, y dirigiéndose también hacia Metaponto, hizo partir á Q. Fulvio para la Lucania, no queriendo dejar aquella provincia sin ejército.

Entretanto Asdrúbal, habiendo levantado el sitio de Placencia, envió cuatro jinetes galos y dos númeridas con cartas para Aníbal. Estos mensajeros habían reco-

rrido ya á través del enemigo casi toda la longitud de Italia, cuando queriendo alcanzar á Aníbal en su retirada sobre Metaponto, se extraviaron, llegando por el lado de Tarento, donde fueron sorprendidos por los forrajeros del ejército romano, que les llevaron al pretor Q. Claudio. Al principio quisieron engañarle con respuestas ambiguas; pero la vista de los instrumentos de tortura les arrancó la verdad y declararon que estaban encargados de cartas de Asdrúbal para Aníbal. Entonces les entregaron, con las cartas cerradas, al tribuno militar L. Virginio, que debía llevarles al cónsul Claudio con escolta de dos turmas de samnitas. A su llegada, el cónsul hizo que un intérprete le explicase las cartas y en seguida interrogó á los prisioneros. Entonces comprendió que en la situación en que se encontraba la república, no era conveniente que cada cónsul, encerrándose en los límites de su provincia, se limitase á las medidas ordinarias, ocupándose solamente en hacer frente con su ejército al enemigo que el Senado le había destinado; era necesario descargar un golpe inesperado y repentino, cuya idea solamente inspiraría á los romanos un terror tan grande como á los cartagineses, pero cuyo feliz resultado haría suceder al espanto los arrebatos de profundo regocijo. Envió, pues, al Senado las cartas de Asdrúbal, y al mismo tiempo le participó el proyecto que había formado. Puesto que Asdrúbal decía á su hermano que se le reuniría en la Umbría, era necesario llamar á Roma la legión de Capua, hacer llevas en la ciudad y dirigir la guardia urbana sobre Narni para detener al enemigo. Tal era su carta al Senado. En seguida envió mensajeros á los larinatos, marrucinos, fretanos y pretucianos, cuyos territorios iba á atravesar, recomendando á todos los habitantes de las ciudades y de los campos que tuviesen preparados en el camino víveres para los soldados y caballos y bes-

tias de carga para transportar en caso necesario á los hombres fatigados. Sacó del ejército, entre romanos y aliados, un cuerpo escogido de seis mil infantes y mil caballos, y declaró en alta voz que marchaba á Lucania para sorprender la plaza más inmediata y la guarnición cartaginesa; que era, pues, necesario se preparasen á marchar. Partió de noche y volvió hacia el Piceno, porque iba á marchas forzadas á reunirse con su colega, después de dejar á su legado Q. Cacio la custodia del campamento.

El terror y la agitación en Roma eran iguales á los que reinaron dos años antes cuando los cartagineses vinieron á acampar bajo sus murrallas y delante de las puertas. No se sabía qué pensar de la atrevida marcha del cónsul, y los ánimos estaban indecisos entre la alabanza y la censura. Era evidente que el honor de la empresa de pendíadel resultado, lo cual es el colmo de la injusticia. «Dejaba delante de Aníbal un campamento sin jefe, un ejército privado de su parte más escogida, y el cónsul, fingiendo tomar el camino de Lucania, mientras se dirigía al Piceno y la Galia, no dejaba á su campamento otra esperanza de salvación que el error del enemigo y la ignorancia en que estaba de la marcha del general y de una parte del ejército. ¿Qué sucedería si quedaba descubierto el secreto y Aníbal salía con todo su ejército en persecución de Nerón y de sus seis mil hombres, ó se arrojaba sobre el campamento, que le abandonaban como presa sin defensa, sin jefe y sin auspicios? (1)» Los antiguos desastres de esta guerra, y

(1) Tales eran las costumbres romanas, que la religión intervenía en todos los asuntos y daba formas indispensables á las acciones públicas ó privadas. El pueblo reclamaba solícitamente la sanción religiosa inspirándole tanta confianza como respeto. Era este, por consiguiente, medio de influencia política; así es que patricios y magistrados, que por mucho

la reciente muerte de los dos cónsules, aumentaban el espanto. «Y todas estas desgracias, decían, acaecieron cuando los enemigos no tenían en Italia más que un general y un ejército. Hoy tenían que rechazar dos guerras púnicas, dos ejércitos poderosos y casi dos Aníbal. Asdrúbal, aquel otro hijo de Hamílcar, ¿no era en verdad capitán tan activo como su hermano, aguerrido por tantos años de combates contra los romanos en España, famoso por dos victorias, por la destrucción de dos ejércitos y la muerte de dos generales ilustres? ¿No había llegado de España con tal rapidez, no había sublevado la Galia con tal facilidad que, con razón, le envidiaría Aníbal su gloria? Porque él había sabido sacar su ejército de los parajes donde su hermano había visto perecer la mayor parte de sus soldados por los dos géneros de muerte más miserables, el hambre y el frío.» Oíase decir también á los que conocían los asuntos de España, que Nerón no era un enemigo nuevo para Asdrúbal; era el mismo general que después de haberle sorprendido por casualidad en un desfiladero, se había dejado engañar como un niño y seducir con vanas proposiciones de paz.» De esta manera se aumentaban mucho más de lo verdadero los recursos del enemigo y se rebajaban los de Roma, siguiendo la inspiración del miedo, que siempre se inclina á lo peor.

Cuando Nerón se vió bastante lejos del enemigo para poder descubrir sin peligro su proyecto, dirigió algunas palabras á sus soldados. «Jamás, dijo, pareció proyecto alguno más audaz, ni otreció en realidad más seguridad que el suyo. Les llevaba á una victoria cierta; si su colega, al partir para aquella guerra, había reci-

tiempo fueron la misma cosa, se apoderaron de él. En determinadas circunstancias el derecho de aplicar la sanción religiosa pertenecía á una persona sola, al cónsul, y faltando esta persona no eran posibles los auspicios.

bido de intento, por parte del Senado, en infantería y caballería, un ejército más numeroso y mejor equipado que si hubiese tenido que marchar contra el mismo Aníbal, lo que aumentarían á sus fuerzas inclinaria la fortuna en su favor. Bastaría que en el campo de batalla (y él cuidaría de que no ocurriese antes) se anunciase la llegada de otro cónsul y otro ejército, para que la victoria quedase asegurada en el mismo momento. Esta era la opinión que decidía de la guerra; los incidentes más pequeños infundían en los ánimos esperanza o abatimiento. La gloria del triunfo sería casi toda para ellos; porque siempre parece que el último peso arrastra por sí sólo la balanza. Ellos mismos habían visto el entusiasmo, la admiración y el favor con que les habían recibido á su paso. En efecto, habían marchado en medio de una multitud de hombres y mujeres que acudían de lo último de sus campos, para acompañarles con sus votos, sus preces y aclamaciones. Llamábanles apoyos de la república, vengadores de Roma y del imperio. Sus armas y sus brazos protegían su vida y la de sus hijos, como también la libertad. Por todas partes imploraban á todas las divinidades, para que les concediesen marcha feliz, combate ventajoso y rápida victoria, y pedían que se les considerase obligados á cumplir los votos que por ellos hacían (1). Y lo mismo que ahora seguían sus movimientos con ansiedad, así también, á los pocos días, cuando se encontrasen en la embriaguez del triunfo, saldrían á su encuentro. Cada cual les hacía á porfía ofrecimientos y proposiciones y les fatigaba con ruegos para que aceptasen todo cuanto ellos y sus caballos necesitaban. Aquello

(1) Los romanos eran muy dados á formar votos; la autoridad religiosa intervenía en ellos, y los votos hechos de esta manera, pública y solemnemente, se convertían en deber cuyo cumplimiento exigía el Estado.

era generosa profusión de todos los bienes. Pero los soldados, rivalizando en moderación, no tomaban más de lo necesario, no perdían el tiempo, ni se separaban de las enseñas para comer. Caminaban noche y día, y apenas si tomaban el reposo que la naturaleza exige. Nerón había hecho avisar su llegada á su colega, y le había preguntado si se reunirían secreta ó públicamente, de día ó de noche, si tendrían un campamento ó dos; decidiéndose que entrarían en el campamento secreta-mente y durante la noche.

Livio había publicado una orden para que cada tribuno, centurión, jinete ó infante recibiese un hombre de su misma clase. No debía ensancharse el campamento para no hacer sospechar al enemigo la llegada del segundo cónsul, y sería tanto más fácil estrecharse en las tiendas, agrupadas en reducido espacio, cuanto que las tropas de Claudio apenas traían otra cosa que las armas. Sin embargo, en el camino habían engrosado con voluntarios, habíanse presentado espontáneamente para servir soldados veteranos que habían terminado sus campañas, y jóvenes que se alistaban á porfía, y de los que el cónsul había elegido los más robustos y aptos para la guerra. El campamento de Livio estaba cerca de Sena, á unos quinientos pasos del de Asdrúbal. Cuando se encontró muy cerca Nerón, se detuvo y mantuvo oculto detrás de las montañas, esperando la noche, para reunirse con su colega; esto lo hizo en silencio; cada soldado suyo, introducido en la tienda de un compañero del mismo rango, fué tratado con franca y alegre hospitalidad. A la mañana siguiente celebraron consejo, al que asistió el pretor L. Porcio Licino, cuyo campamento tocaba al de los cónsules. Antes de su llegada, paseando su ejército por las alturas, en tanto se había apostado en los desfiladeros para cortar el paso al enemigo, en tanto le había hostigado por